



Capítulo 257 - Me quedo contigo

Después de que las lágrimas de Raphaeline cesaron, Vergil permaneció en silencio, absorto en sus propios pensamientos.

No era alguien que se arrepintiera de las cosas fácilmente, pero en ese momento se dio cuenta de algo que le molestó profundamente.

"Fui cruel con ella."

No solo por ignorarla o mantenerla a distancia, sino por no haber visto nunca cuánto se esforzaba. Por no notar su dolor, su deseo de conectar con él. Y ahora que sabía todo esto... no podía fingir que nada había cambiado.

Virgilio dejó escapar un suspiro y, con una calma que no esperaba, habló:

"Me quedo contigo."

Raphaeline levantó la vista rápidamente, sorprendida. Sus ojos aún brillaban con rastros de lágrimas, pero la intensidad de su mirada era diferente ahora.

Vergil continuó sin dudar. «Ya sé tu nombre de demonio, ya conozco tu cuerpo, tus gestos, tu pasado... incluso la razón del dolor de Ada». Suspiró y sonrió, pasando los dedos por su cabello. «Amaste demasiado. Amaste tanto a tu madre que terminaste destruyéndolo todo con ese amor. Pero ahora estoy aquí».

Raphaeline contuvo la respiración, absorbiendo cada palabra.





La atrajo un poco más cerca y le acarició la cabeza con un toque suave.

—Cuidaré de ti —dijo—. Pero necesito que cuides de Ada también.

Los ojos de Raphaeline se abrieron de par en par y, con un movimiento rápido, se incorporó un poco, apoyando las manos en su pecho. Su expresión era casi infantil, como si hubiera recibido una petición que quisiera aceptar sin pensarlo dos veces.

"¡Por supuesto!" dijo sin dudarlo.

Vergil sonrió, pero mantuvo su tono serio.

"No quiero verlos peleando todo el tiempo."

Raphaeline hizo un puchero, inflando ligeramente las mejillas. "¡Caramba, ni siquiera soy tan mala!"

Arqueó una ceja y se rió. "¿De verdad quieres que le pregunte a Ada qué opina de eso?"

El rostro de Raphaeline se cerró al instante y volvió a hundirlo en su pecho. "No."

Él se rió en voz baja, pero pronto se dio cuenta de que su cuerpo se había tensado un poco.

"¿Pasa algo?" preguntó.





—Yo... —Dudó, mordiéndose el labio inferior—. No puedo acercarme a ella sin más.

Vergil frunció el ceño. "¿Y por qué no?"

Hubo un momento de silencio, y luego, muy quedamente, murmuró, sonrojándose violentamente:

"Porque... me acosté con su marido antes de que ella tuviera la oportunidad de intentarlo."

Vergil parpadeó, sorprendido.

Y luego se rió.

Fuerte.



Raphaeline se apartó un poco, indignada. "¡No te rías! ¡Esto es serio!"

Pero no pudo evitarlo. La forma en que ocultaba su rostro, la vergüenza pura y genuina en su voz... era simplemente divertidísimo.

Se pasó una mano por la cara, intentando recomponerse. "¿Me estás diciendo que tu problema no es que pelees demasiado ni que tengas asuntos pendientes..." La miró directamente, con un brillo divertido en los ojos. "¿Tu problema es que te sientes culpable por haberme conquistado primero?"

Ella apartó la mirada, cruzándose de brazos. "No me equivoco, ¿verdad?"



Vergil suspiró, todavía riendo, y atrajo a Raphaeline hacia sí, sellando un suave beso en su frente.

"¿De verdad crees que Ada no sabía que esto iba a pasar?", preguntó con tono despreocupado.

Raphaeline parpadeó varias veces, aturdida.

—¿Q-qué quieres decir?! —exclamó sorprendida, alejándose un poco para mirarlo.

Vergil se encogió de hombros, como si estuviera explicando algo obvio.

"¿Hm? Todos sabían que cosas así podían pasar. Más aún después de Zafiro." Hizo una breve pausa, observando la expresión de asombro de Raphaeline antes de continuar. "De hecho, ya todos aceptaban que las tres Reinas Demonio acabarían rindiéndose. Incluso Viviane cayó en la trampa."



Raphaeline abrió y cerró la boca unas cuantas veces, intentando formular una respuesta, pero parecía simplemente incapaz de procesarla.

"Yo-yo..." murmuró, todavía confundida.

Vergil se rió, pasando los dedos por su cabello.

"Te torturaste por ese pequeño momento pensando que Ada te odiaría por eso... pero en el fondo, ella ya sabía que era inevitable."

Raphaeline guardó silencio un momento, frunciendo el ceño. Finalmente, resopló y volvió a esconder la cara en su pecho. «Qué fastidio...», murmuró.



Vergil sonrió. "¿Qué te molesta?"

"¡Me... preocupé muchísimo!", refunfuñó. Refunfuñó. "¡Pensé que lo iba a arruinar todo, pero al final, todos ya lo habían aceptado!"

Vergil no pudo contener otra risa.

—Bienvenida al club, Line —dijo, apretándola un poco más contra él.

Vergil deslizó la mano por el cabello de Raphaeline, disfrutando del momento de cómodo silencio entre ellos. Pero entonces, una leve sonrisa se dibujó en su rostro y decidió romper la paz.

—Bueno... ahora que ya hemos resuelto eso, creo que es hora de cobrar mi recompensa —dijo con naturalidad.



Raphaeline parpadeó y levantó la cabeza para mirarlo. "¿Recompensa?"

—Sí —asintió, sin borrar la sonrisa—. Quiero hablar con Nyx.

El cuerpo de Raphaeline se puso rígido por un momento, pero pronto trató de ocultar su incomodidad con una sonrisa despreocupada.

—Ah, bueno... ya sabes, sobre eso... —comenzó, mirando hacia otro lado mientras sus dedos dibujaban círculos en su pecho.

—Rafaelina —la llamó Virgilio con tono de advertencia.



—¡De acuerdo, de acuerdo! —resopló, inflando las mejillas como una niña molesta—. La cuestión es que... puede ser un poco complicado encontrar a Nyx.

"¿Qué tan complicado?" Vergil entrecerró los ojos.

Raphaeline se rascó la nuca, intentando ganar tiempo. "Digamos que... no sé exactamente dónde está".

Vergil se quedó en silencio por un momento, simplemente mirándola.

"... ¿Me estás diciendo que me chantajeaste para una cita, me arrastraste por todo Japón, me metiste en una máquina de gacha, me llevaste a un motel... y al final, ni siquiera sabes dónde está Nyx?"

Raphaeline rió sin humor. "Bueno, técnicamente..."

"Rafaelina."

Ella suspiró y finalmente decidió decir la verdad.

"Solo conocí a Nyx una vez, y fue porque nos presentó una diosa".

Virgilio arqueó una ceja. "¿Qué diosa?"

"Atenea."

Parpadeó. "¿Atenea?"





Raphaeline asintió. "Sí. Nyx y yo nos conocimos porque Atenea nos puso en el mismo lugar. Aparte de eso... nunca supe cómo encontrarla."

Vergil cerró los ojos un momento, respiró hondo antes de abrirlos de nuevo y mirarla impasible. «Así que, básicamente, no tienes ninguna pista concreta».

"Eh... técnicamente, no..." admitió, encogiéndose de hombros.

Vergil se masajeó las sienes, murmurando algo ininteligible.

—¡Oye, no te frustres tanto! —Raphaeline intentó animarlo rápidamente dándole una palmadita en el hombro—. ¡Podemos encontrar una solución! Quizás, si pudiéramos contactar con Atenea de nuevo...

Vergil suspiró profundamente. «Bien. Así que ahora también tengo que lidiar con una diosa».

Raphaeline sonrió con picardía. «Bienvenido a mi mundo, V.»

El aire de la habitación se volvió de repente pesado. Un intenso resplandor rojizo se formó en el suelo y, en un instante, un círculo mágico se expandió, llenando el espacio con una energía demoníaca palpitante.

Vergil se incorporó de inmediato en la cama, sintiendo el flujo de magia incluso antes de que la silueta emergiera del portal. Raphaeline, en cambio, solo suspiró y se cubrió la cara con las manos, como si ya supiera lo que se avecinaba.

Y entonces, desde dentro del círculo, apareció Valerie.





Era una imagen imponente: alta, curvilínea e imponente, con un rostro que parecía esculpido para ser adorado y temido a la vez. Sus ojos dorados brillaban como brasas al posarse sobre la pareja en la cama, y su larga cabellera blanca se mecía ligeramente al pisar con firmeza el suelo.

La armadura negra y plateada que llevaba apenas disimulaba sus curvas peligrosamente acentuadas, y la lanza negra que empuñaba brillaba débilmente con energía demoníaca, pulsando como si estuviera viva.

Entonces finalmente se dio cuenta de la escena que tenía delante.

Virgilio, sin camisa, reclinado contra el cabecero.

Raphaeline, usando solo la sábana para cubrir su cuerpo, claramente todavía disfrutaba de su compañía.

El silencio era ensordecedor.

La cara de Valerie se sonrojó casi al instante. Abrió los ojos de par en par y su firme postura flaqueó por un instante.

"Yo-yo..." Comenzó, pero luego cerró la boca, mirando hacia otro lado mientras sostenía la lanza con más fuerza de lo necesario.

Raphaeline, con una sonrisa de satisfacción en su rostro, simplemente se reclinó aún más contra Vergil, claramente disfrutando la situación.

—Valerie —llamó Vergil con una ligera exasperación en la voz—. Si estás aquí, significa que ha ocurrido algo importante.





El General resopló, intentando recuperar la compostura. Su rostro aún estaba ligeramente enrojecido, pero su postura había vuelto a la normalidad.

—Sí, señor —dijo, con un tono firme y profesional—. Encontramos otro fragmento de Excalibur.

La atmósfera en la sala se volvió aún más cargada.

Vergil entrecerró los ojos. "¿Dónde?"

Valerie respiró hondo y su expresión se tornó más seria. "En Rumania... con los vampiros..."

Vergil arqueó una ceja. "¿Vampiros?"

Valerie asintió. «Sí, mi señor. El fragmento de Excalibur está en posesión de uno de los Señores Vampiros de Rumanía. Los detalles aún se están confirmando, pero sabemos que no piensa entregarlo sin luchar».

Raphaeline, que hasta entonces se había mostrado relajada contra Vergil, arqueó una ceja y apoyó la barbilla en la mano. "¿Eh? ¿Vampiros? Hacía tiempo que no mataba a algunos..." Valerie suspiró.

Valerie suspiró. «Por desgracia, no es tan sencillo. El señor que posee el fragmento no es otro que Vladislaus Dragamir, uno de los ancianos del Consejo de Vampiros».

Vergil se frotó la cara, sintiendo ya el dolor de cabeza. "Bien. Otro lunático con un complejo de superioridad inmortal."





Raphaeline rió, sin dejar de jugar con los dedos en el pecho de Vergil. «Tienes un don para atraer problemas de alto nivel, cariño».

"Yo lo llamaría una maldición", refunfuñó antes de volver su atención a Valerie.
"¿Cuánto tiempo nos llevará tener una ruta segura a Rumanía?"

Los exploradores ya están recopilando información sobre la fortaleza de Dragamir. Podemos partir en tres días como máximo.

Vergil asintió. "Bien. Prepara todo y avísame en cuanto tengamos más detalles".

Valerie hizo una reverencia formal, pero antes de irse, lanzó una última mirada a Raphaeline, que sonreía provocativamente.

—Buen trabajo, Val —dijo Raphaeline con naturalidad—. Ahora vete, tu amo necesita descansar después de nuestra... noche intensa.

Vergil solo suspiró, y Valerie, completamente inconsciente, se giró rápidamente y desapareció por el portal mágico, dejando atrás una atmósfera cargada de tensión y diversión traviesa por parte de Raphaeline.

Vergil la miró, ella simplemente se encogió de hombros.

"¿Qué? Sabes que me encanta burlarme de ti."

